

Cinco miradas. Memoria. 1er. Encuentro de Estudios Queretanos. Balance y perspectivas



BOCAMINA

Tal es el título del libro editado por tres instituciones que al parecer son el motor de la cultura en la entidad. Sin duda es causa de satisfacción y esperanza para las investigaciones en ciencias sociales y humanidades del estado de Querétaro. Armado con el objetivo de “crear un espacio para la reflexión crítica” como nos explican Reynaldo Aguilera Montoya y Ricardo Jarillo Hernández, es el fruto del mencionado 1er. Encuentro que tuvo también la intención de “iniciar un proceso colectivo de reflexión multidisciplinaria acerca de los conocimientos generados por los especialistas en Historia, Historia del Arte, Arquitectura, Urbanismo, Antropología, Psicología y Ciencias Políticas y Sociales, según nos dice la coordinadora de la obra, Guadalupe Zárate Miguel, entusiasta promotora de las investigaciones científicas, en un tiempo en el cual justamente las investigaciones sociales reciben el impacto más fuerte de los comerciantes del espíritu que han llegado a confundir lucro y ganancia con vocación e investigación; utilidad económica con legitimidad del pensamiento; que olvidan frecuentemente el horizonte que las cien-

Guadalupe Zárate Miguel, Coordinadora, *Cinco miradas. Memoria. 1er. encuentro de Estudios Queretanos. Balance y perspectivas*, Gobierno del Estado de Querétaro, Municipio de Querétaro, CONACULTA-INAH, 2006, 347, pp., ISBN 970-9926-03-9.



cias sociales y las humanidades ofrecen a cualquier sociedad del mundo. Es evidente que nadie puede despreciar para nada los objetivos económicos de cualquier modelo, pero entiendo, más como historiador, que no hay modelos definitivos, porque no hay sociedades definitivas, y más aún nunca he creído que un solo modelo, creado para explicar, entender y hacer funcionar sociedades ajenas a nuestra realidad, sirva de manera adecuada para hacer funcionar la nuestra, y todo esto con globalización y todo. Sin duda, país que no tiene un fuerte sector educativo, que tenga como base la investigación original, académica, no tiene futuro alguno. Justamente los países desarrollados son una buena muestra de esta afirmación.

Por lo anterior es importante este libro, además, porque nos introduce en un mundo de incredulidad y sorpresa: cómo puede ser que un estado como Querétaro, central en muchos sentidos, haya padecido el abandono de sus áreas de investigación y por tanto tiempo. Pero como quiera que sea, y sin echar la culpa a nadie, esta *Memoria* deja en claro, como afirma la coordinadora del volumen, “los avances, las limitaciones, los aciertos, los problemas y las perspectivas de la investigación”. Evidentemente, de este conjunto de “miradas”, debo admitir que puedo juzgar con alguna solvencia las que pertenecen a mi oficio. De todas formas, hay un argumento común que a todas las aportaciones y comentarios atañe: y es aquel que está relacionado con los problemas de organización, apoyo y gestión de las instituciones encargadas de auspiciar y promover la investigación en ciencias sociales; las limitaciones de recursos, por supuesto, de investigadores con un perfil académico adecuado, capaces de enfrentar las tareas de la investigación.

De todas formas hay se puede notar la existencia de organismos importantes en su impulso y auspicio, pero también la ausencia de la UAQ. Destaca la visible participación del Archivo Municipal a cuyo representante felicito de manera señalada, porque por lo general los archivos públicos —y los privados, sin duda— en muchas ocasiones solo son el cementerio de la memoria y de la historia. Bien se ve, por alguna razón que desconozco, que el Gobierno del Estado, el Municipio y CONACULTA-INAH, las instituciones patrocinadoras de este libro, hacen una mancuerna que espero que sea duradera y fructífera. Pecaríamos de soberbios y de injustos si no reconocemos que en este esfuerzo se ve reflejado el empeño del CONACYT y particularmente del Sistema Nacional de Investigadores.

¿Qué es lo que más destaca “Cinco miradas”? Su respuesta tiene que ver con un problema de metodología básica y fundamental: asumir al estado de Querétaro

en su complejidad, pero como entidad que puede identificarse por un proceso histórico concreto con variantes no solo históricas, sino también sociales y espaciales, al revés de lo que se hace frecuentemente, que es abusar de la “mirada regional”, entendido este abuso como si los procesos sociales fueran solo un desprendimiento de los geológicos y geográficos. Qué importa que la Sierra Madre corra de un lado al otro, si no nos sirve para explicar los cambios sociales, económicos o políticos. Necesitamos más bien problematizar y crear hipótesis más allá de los bajíos o las vetas que corren de un estado a otro. Bueno, lo que quiero decir es que desde el principio los coordinadores del evento y del libro entendieron que cada campo de acción y manifestación de la sociedad tiene una “mirada”, es decir, una perspectiva y por tanto una metodología concreta que hace posible el análisis de la historia, la arquitectura, la antropología, la lingüística, la psicología y las ciencias políticas y sociales, todas con sus variantes y subdisciplinas. Sin duda, de cada una existe una expresión “regional”, como expresión de lo espacial, porque cualquier fenómeno social conoce esencialmente una expresión de tiempo y otra de espacio, pero no se trata sólo de establecer una cronología ni de su ubicación, se trata de construir una explicación y comprensión de procesos sociales, para lo cual las disciplinas han desarrollado métodos que ya no podemos soslayar con el pretexto de que es regional, pura y simplemente.

Por ello es que cuando Marta García Ugarte e Ignacio Urquiola abordan el problema de la historiografía queretana, lo hacen desde una perspectiva estatal, es la entidad el centro de su atención, por que es la entidad producto de una construcción histórica. García Ugarte destaca que en “Querétaro había una especie de resistencia al conocimiento histórico” hasta cuando la Universidad y el Museo Regional empezaron a estimular la investigación original, o sea ayer, lo que significaba empezar a organizar la documentación, crear el inicio de corrientes historiográficas y por supuesto, líneas, temas y espacios de discusión (pp. 23-24) lo que de alguna manera, además de su propio balance, pone de relieve la aportación de Urquiola. Francisco Meyer, por su lado, muestra el camino de la historiografía porfirista, sus limitaciones y sus aportes, pero sobre todo anuncia sin temor otros traumas de la historiografía local —y no sólo los creados por la historia regional— que tienen que ver con el “nacionalismo [que] cancela grandes posibilidades interpretativas”, pues no se puede pensar la historia sin tener en el horizonte a Estados Unidos, España, el Vaticano o la ciudad de México.(p. 68). pero yo añadiría que no sólo para los “abaje-

ños”, sino para todo aquel que se interese por la explicación histórica y sociológica general y hasta mundial.

Para las ciencias sociales y humanas queretanas prácticamente todo es nuevo, tanto por la juventud de las disciplinas o áreas de investigación, como es el caso del urbanismo y del patrimonio cultural abordado por Yolanda Cano y Carlos Arvizu, como por las antiguas, escasamente explicadas por una historiografía que se ha empeñado sobre todo por estudiar el periodo colonial, como bien lo señala Mina Ramírez, aunque como en el caso de la historia o la antropología y arqueología se nota mayor jerarquía y fortaleza. Esta impresión se desprende en el sólido trabajo de Abel Piña. El reto, sin embargo, es claro: el enlace entre “gestión institucional e integral entre instituciones educativas e instancias políticas”, como bien lo señala Gabriela Cepeda García Moreno en su comentario. Esto, además de los pendientes de los trabajos, propios de la arqueología, tanto a nivel de la cronología como de las temáticas espaciales y culturales.

Los lingüistas, pasando desapercibidos, nos muestran que sus estudios también tienen calidad disciplinaria y que sus investigaciones son fruto de un trabajo intenso. Tal vez tenga que decir por los diversos acercamientos bibliográficos, que si en historia distinguimos claramente a García Ugalde o Urquiola, en Antropología y arqueología el nombre es Ana María Crespo, así como en lingüística destaca Ewald Hekking de manera visible.

Por mi ignorancia me salto el caso de los aportes de la psicología, pero felicito a los organizadores del pasado evento y a la coordinadora del libro, por haber incluido a una disciplina que difícilmente se la asocia con las ciencias sociales cuando es evidente su aporte en el campo de la educación o del trabajo, aunque por ahora sean aportes de características más descriptivas, para el caso de la psicología clínica, como anota Araceli Colín Cabrera. Y si incluimos a la psicología social, esta rama del conocimiento parece que tendrá un futuro fructífero en el estado.

Finalmente, la última mirada, la de las Ciencias políticas y Sociales, nos muestra un mundo nuevo y diferente, pero también dinámico del quehacer de los investigadores sobre la realidad queretana. Rescato de Víctor Gabriel Muro su sorpresa y su reflexión. La primera tiene que ver con el hecho de que si el análisis antropológico-sociológico tuvo en 1959 un bueno auspicio con Whitefor, debió transcurrir alrededor de 25 años para que empezaran a surgir estudios poseedores de un instrumental metodológico adecuado. En historia ocurrió algo similar, fue

justamente 1959 cuando Wolf publicó su celebre estudio sobre el Bajío y otros 25 o 30 años para que la nueva historia de Querétaro hiciera su aparición. La reflexión que comparto, en cambio, tiene que ver con el hecho de que posiblemente la modernización del estado y la ciudad trajo consigo también una modernización temática —no suficiente— y metodológica. Las tesis de los alumnos parecen tener un lugar importante en esta renovación. Lo cual por otra parte indica, la presencia de un grupo docente, nuevo, que ha sabido afrontar la creación de un nuevo perfil académico. Y para que vean como es la vida. Muro nos trae un buen chisme para los historiadores: que María Eugenia García Ugarte en 1989 era socióloga, pues empezó como la primera directora del Centro de Investigaciones sociológicas. Claro, esto no tiene nada de malo porque Urquiola es antropólogo y qué bueno, porque posiblemente este puede ser el puente que ayude a superar el reclamo de Ana Díaz Aldret de que en el fondo la historia no ha servido sino de adorno de los estudios políticos y sociales. Ella comedidamente pone el dedo en la llaga: sólo “de manera excepcional la información aportada por la historia ha servido para problematizar el presente” (p. 343). Esto que es desalentador, es por lo general un rasgo común de las ciencias sociales, aunque no sé a quien atribuir la culpa si a los historiadores o a los sociólogos, politólogos, humanistas o antropólogos sociales. Los historiadores desconocen por lo general las ciencias sociales —y no les interesa—, los otros por su parte, aunque les interesa visiblemente, el salto hacia atrás es notable, piensan que el pasado puede ser aprehendido de manera mecánica, anacrónica, y aplican sus propios modelos e instrumentos conceptuales y metodológicos contemporáneos a fenómenos del pasado. Entonces nos encontramos en el verdadero problema de explicación del proceso social que nos interesa. Y Carmen Icazurriaga anota en su comentario: “Es importante que los antropólogos —y añadiría todos los que cultivamos las ciencias sociales y humanas— fortalezcan el sentido crítico y autocrítico, incluyéndose en redes académicas diversas para la discusión teórica y el intercambio que mantenga la aspiración de universalidad propia del discurso científico” (p. 119), concluye. En otras palabras, lo que importa es el trabajo personal e institucional, así como el sentido metodológico coherente en la construcción de nuestros propio modelos sin que factores externos interfieran en su desarrollo. Por ello José Luis Alvarez, no parece tener razón cuando comenta sorprendido que la SEP ubicara la licenciatura en Comunicación en el “rubro correspondiente a las carreras técnicas”. La experiencia me ha enseñado que las deficiencias de la administración pública sólo

es el reflejo de las limitaciones en el sector educativo y por lo tanto de la investigación original que desarrollamos. A nosotros nos toca enseñarles.

Para concluir, cualquier publicación nos enfrenta al hecho de pensar o no pensar; implica, además, que el trabajo realizado por los autores y editores tiene suficientes méritos para ser premiado con la impresión de sus ideas; pero también quiere decir que las unidades académicas cumplen con sus planes y programas, y que las instituciones en general llevan a cabo sus objetivos. Y esto es importante, particularmente en el caso de las ciencias sociales que en general se encuentran maltrechas frente a un mundo actual, mercantil y “tecnológico”.

Cualquier lector puede preguntarse para qué un nuevo libro, si por lo general, dice la gente, son aburridos y nada tiene de mágicos, sobre todo ahora que nos enfrentamos al tiempo de Harry Potter. No hay duda acerca de que los libros y revistas de carácter académico no son mágicos, tal vez porque en el caso de la historia ésta ya pasó y no se repetirá nunca más. Pero por fortuna Harry Potter tampoco. Evidentemente las ciencias sociales no interesan a un público masivo, como sí este último, pero aunque selectivo nuestro trabajo no puede ni debe olvidarse que de su comprensión depende el trabajo futuro y nuestro futuro mismo.

Sin duda, existe una dimensión universal de las ciencias sociales que puede tener claras repercusiones sobre la política y la gestión de las ideas y que tanto valor tienen, a la larga, en la formación de nuestros estados y países, pero ninguna varita mágica y ninguna escoba voladora, serán capaces de transformar la realidad si no pensamos responsablemente en torno a ella. Sobre nuestras lecturas trabajamos, a partir en ellas reflexionamos, no son un adorno y espero que no sean un cuento.